

HACIA UNA CARTOGRAFÍA DE LA SENSIBILIDAD Y DE LA IMAGINACIÓN

Linares Simancas, Juan Joel*

Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez
Venezuela

Resumen

América es un vasto y maravilloso territorio que ha sido para sus escritores el espacio donde se descifra y lee un continente que ha sido además de descrito, novelado. La propuesta narrativa del escritor colombiano Gabriel García Márquez (1927 – 2014) ha trazado un imaginario que se hace cuerpo en los interdictos de la memoria. Esta tendencia ciertamente narrada también ha sido imaginada por cronista durante la época de la conquista, que además ha recorrido con desmesura los linderos certeros desde un lenguaje que ha establecido sus propias redes de sentido mediante recursos de la narración.

Palabras clave: América, lenguaje, memoria, historia.

Abstract

America is a vast territory that has been wonderful for their writers the space where it is decrypted and read a continent that has been well described, fictionalized. The narrative given by Colombian writer Gabriel García Márquez (1927 - 2014) has traced an imaginary body that is made in memory injunctions. This trend has also been narrated certainly imagined by writer during the time of the conquest, has also traveled with the accurate boundaries from excess language that has established its own network of meaning through narrative resources.

Keywords: America, language, memory, history.

*Cursante de la Maestría en Literatura Latinoamericana ULA-NURR. Docente de la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez – Núcleo Valera E-mail: caicare1@gmail.com

Finalizado: Valera, Abril 2-2014 / Revisado: Mayo 20-2014 / Aceptado: Junio 8-2014

A Renato, cómplice entrañable de estas líneas

*“Todo sucede en el oleaje de la memoria”
María Mercedes Carranza*

No sé si las consideraciones iniciales apunten hacia la conformación de espacios culturales definidos, o si acaso permitan más allá del asombro la incorporación de nociones que precisamente estuvieron muy cercanas a esa condición de escritura que acompañó, en la mayoría de las obras que fueron escritas a partir de esa búsqueda del sentido; y que sin duda hallaron el otro discurso ya no preñado de causalidades, sino establecido como real. Esta correspondencia originaria, ciertamente trajo como consecuencia la instauración de miradas que permitieron nociones de inteligibilidad que no solo se sintieron en el indómito y desconocido territorio, sino que desde la escritura se evidenciaron esas cartografías de un continente recién abordado, no tanto por la razón, sino por la imaginación que igualmente sorteó el gran hallazgo entre estos discursos que recién hacían su aparición en terrenos cuasi abonados por la cultura de occidente, que sí miró con axiológico desprecio lo otro considerado por Dussell como lo mismo. Estas aseveraciones determinaron en un ancho campo de interpretación y de lectura lo que más adelante resignificó América en toda su extensión como el territorio donde las utopías de occidente se llevaron a cabo.

Estas lecturas que si bien lograron establecer un mapa discursivo en cuanto a la configuración de nociones de alteridad, a razón de ser las primeras manifestaciones que se conjugaron motivando a que escritores, cronistas y navegantes establecieran además de los desplazamientos fundacionales que originaron en cierta medida los estamentos críticos que de alguna u otra manera sortearon el imaginario en contraposición con los otros dispositivos que fungieron como reales, sin detenerse en los principios que ha determinado la razón como única vía para el hallazgo de la verdad. En esta tradición, que si bien indagó profusamente en los demás discursos utópicos

con la finalidad de leer con detenimiento aquellos discursos aún no considerados reales, puesto que carecían de limpieza y que por ende, debían desaparecer pues en nada contribuían a la creación de sociedades a la par de occidente que sí mantenían su sitial en cuanto al orden y a la jerarquía. Ese continente recién hallado, debía para su mayor esplendor vaciado, puesto que para Europa el ideal de justicia era precisamente establecer la instauración del pensamiento ante una razón que fue en su mayoría de las veces desplazadas y aplastadas para dar paso a una civilización que no descubre ni halla un continente: su necesidad se centraría más bien en aquella sentencia ofrecida por Octavio Paz cuando dice que a España no le importaba descubrir nada, su interés estaría pues, más bien, en su expansión: sus códigos e innumerables símbolos se trasladarían a un territorio que fue desbocadamente no reconocido como distinto sino como lo mismo.

Ante este panorama, se yerguen las figuraciones que han marcado cierta distanciamiento con lo real que ha sido durante un tiempo el despliegue de posibilidades discursivas de importante relevancia en cuando a principios de veracidad; pues lo que se lee es lo que prevalece en el tiempo y en el imaginario. El concepto de maravilla puesto en detrimento por el concepto de sociedades blancas va a refigurar todo un arsenal simbólico que toma con ligera determinación las producciones denominadas bárbaras pero que establecerían el otro discurso del asombro: colocaría al continente americano en un territorio de la desmesura y el esplendor, ante el racionamiento desmedido venido de Europa, América se perfila amplia ante los avatares del ocultamiento que a su vez será lo que permita que ésta se haga visible ante el advenimiento de la catástrofe, y que a su vez también permita su propia gravitación a través de la ficción. Esta suerte de heterogeneidad hallada por innumerables hombres y mujeres en estas tierras, pero también narrada e incluso imaginada puesto que el nuevo mundo será ordenado a partir de estos primigenios

hallazgos en relación a sus primeras lecturas que se iniciaron una vez divisadas por ojos occidentales, será lo que finalmente logre desesperar todo un corpus discursivo aparentemente imaginado. En un extenso estudio titulado “Leer en América Latina” la investigadora Susana Zanetti abre la discusión en torno a este punto cuando señala que:

A partir de los últimos años es posible afirmar que la literatura latinoamericana ha comenzado a adquirir dimensión universal, como consecuencia de una lectura general relativamente ampliada de un número significativo de autores y obras (...) la lectura ampliada extracontinental ha perfilado una cierta “literatura latinoamericana”, en la que se incluyen textos provenientes de las diversas literaturas nacionales sin que se los distinga por esa pertenencia; ha diseñado un imaginario peculiar sobre ella – que se nos atribuye de manera general a todos nosotros. (Zanetti, 2004, p. 23)

Ese paraíso sin historia que señaló Hegel será lo que permita el florecimiento de una cultura que sin lugar a aspavientos logrará sostenerse con sus propias órbitas. Pero este será un largo y estrepitoso camino que deberán emprender los escritores latinoamericanos cuando se genere entre sus círculos una gigantesca contraofensiva que enervará las posiciones altisonantes creadas desde el imperio que pretendió leer y descifrar el complejo universo hallado en esta tierra apenas divisadas y recreadas por la literatura. En ese vasto y mítico escenario Gabriel García Márquez heredero sin par de estas culturas supo también leer este singular territorio y lo llenó de maravillas a través de la ficción y el imaginario. Siempre supo el Gabo en contrarrestar todo un universo que le valió la suerte de expandirse aun sabiendo lo limitado que es o suele ser nuestro discurso en otras latitudes, aun cuando este no presenta en su mayoría algo que lo sostenga que, como decíamos hace un momento ese modelo de gravitación que la literatura latinoamericana no parece poseer. Este constante combate con

la razón instrumentalista trazará una línea entre lo que pretende deconstruir con lo ofrecido por la ficción: esa suerte de desmesura concatenada con aspectos subjetivos de inestimable valor. Este signo plural pretenderá sostener en grandes proporciones lo que no ha sido generado por la historiografía que sí mide los estamentos reales de obras literarias nacidas en nuestro continente, más bien la ciencias historiográficas han medido y hasta rechazado lo que la literatura latinoamericana vierte con soltura y esplendor.

La propuesta que se inicia precisamente con la novela *Cien años de Soledad*, (1967) va a permitir establecer todo un escenario que indudablemente va a marcar con determinación lo concerniente a un historia literaria generada claro está desde una concepción íntima y subjetiva. Este planteamiento será lo que rebese de manera contundente lo real instaurado desde la razón instrumental. En este sentido, Víctor Bravo en un ensayo titulado “El relato y la construcción de lo real” señala que “la ficción, antes que la historiografía, ha intuido que la preservación de esa heterogeneidad y no su violenta anulación (por ejemplo, al asumir el mestizaje como la unidad característica del continente)” (Bravo, 2001, p. 73), y creo sin especulaciones que nuestro continente se ha hecho en gran medida a partir de un discurso eminentemente literario y que sobrepasa lo histórico puesto que como ha señalado Carlos Fuentes en su discurso ofrecido durante el conferimiento del Premio Internacional Rómulo Gallegos en el año 1977 que:

(...) la gigantesca tarea de la literatura latinoamericana contemporánea ha consistido en darle voz a los silencios de nuestra historia, en contestar con la verdad a las mentiras de nuestra historia, en apropiarnos con palabras nuevas de un antiguo pasado que nos pertenece. (Fuentes, 2011, p. 28)

Quizás lo que nos permite llevar a cabo una profunda reflexión en torno a esa apropiación de un discurso el cual se refiere Fuentes cuando afirma que esta pasa por

la invención necesaria o no de un nuevo planteamiento que se asume diverso en las distintas corrientes que sí establecen lo maravilloso como el escenario más propicio para nuestro continente. Sin desmerecer, y poco considerar lo aportado por Fuentes; quizás el problema no estribe en el entramado que hace de este replanteamiento discursivo lo cual ha dicho que lo concerniente a nuestra discusión no sea tanto estético, sino que también obedece a aspecto netamente culturales. La necesidad de ser en el mundo, también pasa por tener un lugar en la historia, tal como lo ha puesto en el tapete Víctor Bravo cuando afirma que “esa apetencia, que revela cada vez el trauma de su origen de negación y fundación, y una doble y contradictoria condición de integración y otredad en el horizonte de la cultura de occidente, despliega sin tregua su pregunta sobre nuestro “ser el mundo” (Bravo, 2004, p. 149).

En este sentido, García Márquez va a generar en este territorio indómito una corriente de pensamiento universal; siempre desde una visión que va a caracterizar su obra literaria que ha dicho sin desmesura absoluta es la precisión en cuanto a los cuadros narrativos que se van intercalando en la medida que van ocurriendo los hechos sin ambages de ningún tipo: intenciones que solo el autor permite desde la sucesión de estadios reales maravillosos pero que en nada disímiles a los de la ficción latinoamericana que sí comporta sus propias lógicas estructurales aún sabiendo que estas mismas determinan las causalidades y redes de sentido que sus propios textos parecen sostener. En esta dinámica ciertamente textual se va a generar una corriente de resignificación que se evidencia en la mayor parte de su obra. De ser una cultura fuertemente negada y conquistada, además de ocultada el planteamiento ficcional que se desprende de la obra de García Márquez responde siguiendo a Deleuze a una arborescencia del devenir; que será lo que permita el flujo y el desplazamiento. Ese continuo replanteamiento que se estará moviendo a partir de un reconocimiento de

una cultura heterogénea que se sabe diversa, se manifestará a razón de lo mítico que pretende más o menos desarrollarse en estas experiencias narrativas. Si visitamos un relato “Me alquilo para soñar” contenido en el texto *Doce cuentos peregrinos* (1992) todo se deviene en sentido cuando el narrador inicial que es además testigo y actante comience a recordar lo sucedido en un tiempo que solo el texto parece conocer; y es que el tiempo es el único recurso literario el cual se sostiene con sus propias lógicas, siempre acompañado de otros recursos, no así el lenguaje el cual también presenta sus propias redes para abrazarse con el discurso.

Desde la escritura se asumirá con mayor fuerza y trazará mediante recursos tomados de la memoria: otro de los aspectos hilantes de la obra garciamarquiana la cual establecerá todo un ordenamiento temporal y de sentido; puesto que la memoria si la vemos desde concepciones cognitivas es la que nos permite recordar aquellos sucesos o historias que han marcado significativamente lo concerniente a los afectos y lo subjetivo de los individuos. Estas historias van a ordenarse en una suerte de inventario que solo estará siendo revisada desde una sucesión de hechos y acontecimientos que se han desprendido de esa historia que ha significado para nuestro continente. Sin embargo, esta sucesión de instancias narrativas se perfilarán a partir de un recuerdo: cuando comiencen a aparecer en lo sucesivo a lo correlativo a la memoria de una nación y también de un continente.

En Vivir para Contarla (2002), los sucesos van a presentarse no de manera extensiva, sino más bien intensiva cuando se dé el primer asomo de la memoria como hilo conductor de la historia, pues como señala el propio texto en el epígrafe inicial “la vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”. Si leemos con detenimiento esta obra en particular notaremos que tanto la historia que se sabe personal, no está muy alejada de las hechos que se narraron, puesto que ambas

son llevadas una por el hilo invisible del recuerdo y el otro trazado por el hilo de lo incierto y maravilloso de nuestro continente: acontecimientos inventados y negados por el ojo y la piel del conquistador. Una leyenda que ha surgido precisamente por la invención, pues América antes de ser descubierta, fue inventada para decirlo con Todorov. De esta manera se precisa y se encuentran dentro del discurso los desplazamientos y el surgimiento de una historia subjetivada puesto que es la región más íntima la que aparece en escena intercalada por supuesto a un suceder que marca y define un proceso de identidad con el contexto latinoamericano: los innumerables hechos que marcaron con fuerza y determinación no solo desde lo personal sino desde lo colectivo. Esta obra podría ser considerada la que logre cerrar un ciclo que se inicia con la obra *Cien años de soledad*. La primera que narra la historia de una familia desde concepciones ficcionales y la segunda: una historia íntima pero que en nada se aleja de ese otro acontecimiento que es consecuencia de circunstancias patémicas del propio autor como sujeto enunciante: hechos que en nada se distancian de lo ocurrido. Si por un lado se narra la historia de un fracaso y toda la estirpe que representa una familia latinoamericana, en la segunda también se abraza a una propuesta que en nada se aparta a un fracaso. Y creo sin generar distancias a que los grandes momentos de la historia latinoamericana se ven diezmados o desplazados por un suceso que nos acercan como individuos y que se mueve en esa vorágine de soledad y muerte.

La novela *Cien años de soledad* parece obedecer a un leyenda más bien fundacional que parte esencialmente de la configuración de una tradición que no acaba de constituirse en lenguaje y creo sin detenerme en mi aseveración que Gabriel García Márquez ha consolidado a través de su obra narrativa todo un corpus cultural mediante el discurso literario. De alguna u otra manera siempre supo Gabriel García Márquez que mediante la escritura estaría narrando un vasto continente de incontables maravillas. Él al igual que Juan

de Castellanos figuraría en los anales de una historia que ya no será contada, sino más bien recordada.

Motivado por una inalcanzable sed de justicia la narrativa garciamarqueana busca establecer también una suerte de ordenación e inventario, también de denuncia que sí se precisa desde la llegada de los cronistas; tal es el caso de “Bartolomé de las Casas quien denunciaba el horror de la Conquista, de quienes interrogaban el mundo americano, como Gonzalo Fernández de Oviedo, de quienes buscaban desesperadamente nombres para todas las cosas, de quienes más allá de la ambición y la codicia, llegaron a amar el territorio, procuraron comprender las culturas indígenas e iniciaron el mestizaje de la lengua, como Juan de Castellano”¹. De esta manera también lo será el Gabo, quien busque reconocer a través de la escritura lo que en algún momento de la historia se pensó como extraño; desde esa mirada ajena que nos determinó aun sabiendo que éramos distintos. Siempre creyó en crear un universo que se sabe certero, pues solo tiene asidero aquello que se escribe, pero también lo que se canta. De allí que su obra pareciera estar siendo cantada o simplemente escuchada desde las bocas de los abuelos, recordada, resemantizada mediante recursos narrativos que se harán lugares comunes y establecerán todo un orden en las polimetrías del discurso.

Desde esta óptica se podría considerar la narrativa garciamarqueana en un replanteamiento del asombro que si bien busca y halla horizontes de certezas también celebra el lenguaje como un acontecimiento esplendente y maravilloso, pero nada disímil ni ajeno a nuestra condición de seres de palabras. A escasos meses de la partida física de este navegante podemos creer que ciertamente su tarea se centró no solo en describir cuan cronista de indias se alzaba para defender los derechos de los aborígenes en tierras recién divisadas; sino que también narra nuestra historia, la imagina desde una sucesión de imágenes nunca vista por el ojo inquisidor.

Siempre supimos que nuestra concepción de mundo era otra, que nuestras palabras ahora con mayor fuerza “suenan nuevas en el cántaro de la tradición”². Esta nueva y hermosa tendencia se evidencia una vez más cuando las historias se han narrado desde un constante diálogo con las otras manifestaciones del quehacer latinoamericano; tal tendencia quizás, en mayor o menor medida logra hilar los condicionantes que marcaron la obra de este colombiano universal: con asombro y sin vacilar supo siempre el Gabo en novelar un continente, antes que el atiborrado discurso histórico; una mirada expansiva preñada de maravilla estableció y descifró las coordenadas infinitas hacia un territorio mágico y desconcertante.

Notas:

¹Fragmento del discurso con motivo del conferimiento del XVI Premio Internacional “Rómulo Gallegos”, al escritor colombiano William Ospina con la novela *El país de la canela*.

²Idem

Referencias bibliográficas:

- Bravo, V. (2001) “El relato y la construcción de lo real” en *Lecturas y relecturas*. Mérida – Venezuela. Universidad de los Andes.
- Bravo, V. (2007) *El señor de los tristes y otros ensayos*. Caracas – Venezuela. Monte Ávila Editores.
- Fuentes, C. (2011) *Utopías en Movimiento*. Caracas – Venezuela. Monte Ávila Editores.
- García M, G. (1992) *Doce cuentos peregrinos*. Bogotá. Editorial Oveja Negra.
- García M, G. (2002) *Vivir para contarla*. Bogotá. Grupo Editorial Norma.
- Ospina, W. (2011). “Elogio de las causas” en *Utopías en movimiento*. Caracas - Venezuela. Monte Ávila Editores.
- Zanetti, S (2004) *Leer en América Latina*. Mérida – Venezuela. El otro el mismo.